

EL FUTURO, EN SUS MANOS EN HOMENAJE A LOS MILITANTES DE ÁFRICA, ASIA Y AMÉRICA

Los pueblos hambrientos interpelan hoy, con acento dramático,
a los pueblos opulentos. (Nº 3).
El desarrollo integral del hombre no puede darse sin el desarrollo
solidario de la humanidad. (Nº 43).
No puede ningún pueblo pretender reservar sus riquezas
para su uso exclusivo (Nº 48).
Pedimos la constitución de un gran Fondo Mundial alimentado con una parte
de los gastos militares, a fin de ayudar a los más necesitados (Nº 51).
La solidaridad mundial debe permitir a todos los pueblos el llegar a
ser por sí mismos artífices de su destino. (Nº 65).
Las diferencias económicas, sociales, y culturales demasiado grandes
provocan tensiones y discordias y ponen en peligro la paz (Nº 76).
El desarrollo es el nuevo nombre de la paz "Nº 87).
"Populorum progressio" de Pablo VI, año 1967)

Para que la caridad sea auténtica es necesario:
que se considere con la máxima delicadeza la libertad y
dignidad de la persona que recibe la ayuda.
Que no se manche la pureza de intención con ningún interés
de la propia utilidad o por el deseo de dominar.
Que se satisfaga ante todo a las exigencias de la justicia, y no se
brinde como ofrenda de caridad lo que ya se debe por título de justicia.
Que se quiten las causas de los males, no sólo los efectos.
Que se disponga la ayuda de modo que quienes la reciben se
vayan liberando de la dependencia externa y se vayan bastando a sí mismos.
(Concilio Vaticano II. Decreto "Apostolicam actuositatem"
sobre los seglares. Capítulo II, número 8, párrafo 5º, año 1965)

Se escribe este editorial en el segundo día de la "semana contra la pobreza", promovida por la misma ONU, secundada por multitud de asociaciones, ONGs y movimientos sociales y coordinada en España por la Alianza contra la pobreza con el objetivo de presionar a los gobiernos y denunciar el incumplimiento de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. En la página web de la alianza

(www.rebelatecontralapobreza.org) puede quien lo desee documentarse ampliamente sobre los objetivos de la campaña y sobre la situación de la pobreza en el mundo.

No sin cierta malicia, sin embargo, hemos querido comenzar nosotros colocando, a modo de lema, palabras y sentencias de viejos textos de hace cuarenta años; textos, por otra parte, que no proceden de autores radicales o revolu-

cionarios sino de un Concilio de la Iglesia Católica y de un Papa verdaderamente angustiado por la situación del mundo.

Se pide en ellos justicia para los pueblos pobres (empobrecidos es más exacto) y se urge a todos a la acción inmediata “antes de que sea demasiado tarde”.

En efecto, llevamos siglos (desde Montesiños o Bartolomé de las casas hasta Gandhi, Luther King, Oscar Romero, Mandela o Casaldáliga, por citar algunas figuras señeras y no remontarnos demasiado tiempo atrás) gritando contra las injusticias. Se han ensayado (con sangre, sudor y lágrimas) sistemas políticos y sociales para implantar la justicia; de los cuales algunos se arruinaron estrepitosamente y otros, al triunfar (por fallecimiento del adversario normalmente), han aumentado el foso de la desigualdad y la pobreza. Lo cierto y escandaloso es que, en estos momentos, la pobreza es una lacra de extensión mundial y el abismo entre riqueza y pobreza ha seguido haciéndose cada vez más inmenso. Abismo moralmente criminal por cuanto, según todos los expertos, bienes hay suficientes para acabar con la pobreza y existen los medios técnicos necesarios para la adecuada distribución de tales bienes.

Parece, pues, como que toda la lucha y el esfuerzo por realizar la justicia y la igualdad ha sido inútil. Los detentadores de la riqueza, sean individuos, pueblos o naciones la han defendido siempre con uñas y dientes (es decir, con las

armas). En estos momentos de desorbitados presupuestos militares y de sofisticado armamento ¡cómo quedan sarcásticamente vilipendiadas las palabras de Pablo VI sobre su deseo de que se destine a acabar con la pobreza parte del dinero destinado a gastos militares!

¿Dónde está entonces nuestra esperanza? En las víctimas. Vamos a aclararnos. La historia humana puede explicarse toda ella como una lucha dialéctica entre la inclinación del corazón humano a poseer en exclusiva y a acaparar y el clamor de las víctimas de tal exclusividad y acaparamiento. El poderoso ha sido capaz de crear un pensamiento, unas estructuras y unas técnicas que aseguran y justifican sus privilegios, sus posesiones, su superioridad; pero las víctimas (generalmente con escaso éxito a corto plazo) se han rebelado siempre, y en su sufrimiento han evidenciado la perversidad y la injusticia de los poderosos. Estos reaccionan, por una parte, haciendo partícipes de sus privilegios (cuando ya no les queda más remedio) a parte de las víctimas insertándolas en su sistema social y, por otra, ampliando en el espacio el campo de sus privilegios ya compartidos por la sociedad que los apoya y creando víctimas más lejanas en el espacio o en el disfrute de los privilegios. No de otra manera surgen los imperios y, dentro de ellos, la lucha de clases. Pero al tiempo que se amplía la conciencia de las víctimas y la resistencia se hace mayor (sin que las más duras represiones puedan destruirla).



Y así hemos llegado a la situación presente. Por una parte con un imperio (y sus estados asimilados) al que unas cuantas naciones poderosas tratan de disputarle su hegemonía y que participan de la misma mentalidad. Imperio o aspirantes a imperio que necesitan absorber y asegurar cada vez mayor cantidad de bienes defendiéndolos por las armas y, por consiguiente, aumentar indefinidamente la pobreza y la exclusión (Lo dicho no queda invalidado por el hecho de que en los imperios la toma de decisiones esté en manos de muy pocas personas: los dirigentes de las multinacionales, por ejemplo). Y, por otra parte, con millones de pobres y excluidos, rebeldes a dejarse eliminar.

Hemos llegado, por tanto, a un punto en que la confrontación es mundial: Un reducido número de privilegiados, con medios, incluso letales, para defenderse y un número infinito de víctimas reales o potenciales. En unos y otros ha surgido una conciencia universal. De un lado, el llamado pensamiento único de los poderosos: sólo pueden salvarse los que se cobijen en su sistema, y, de otro, la progresiva y cada vez más acelerada convergencia en fines, objetivos y acción de los excluidos, quienes en su mayoría se encuentran en las tierras de África, Asia y América Central y del Sur colonizadas y explotadas antes por las llamadas potencias occidentales o, lo que es lo mismo, por los países ricos y poderosos.

Como ninguna de esas tierras está carente de recursos, es claro que su situación de pobreza se debe a la acción previa de occidente y a la herencia social, económica y política que quedó fuertemente institucionalizada en beneficio de los antiguos amos, y que impide como una losa que estos países pobres tomen en sus manos su propio futuro. Por tanto, amortizar las consecuencias de las injusticias con ellos cometidas y acabar con las presentes (es decir, principalmente con la subordinación de su economía y su política a los intereses de los antiguos colonizadores) es el camino para erradicar de verdad su pobreza y que creen sus propias formas de vida y sus instituciones. Dejarles ser ellos mismos. Y eso no lo van a realizar las naciones ricas y poderosas; ni siquiera sus propias élites instaladas en el poder y la corrupción en connivencia con los antiguos amos. Ello será fruto del esfuerzo de la militancia de los movimientos salidos del pueblo. De ahí que nosotros hayamos saludado siempre con gozo la existencia de esos movimientos. Es alentador, por

ejemplo, comprobar que el Foro Social Mundial de 2006 se haya desarrollado en tres ciudades distintas del Tercer Mundo: Caracas, Bamako y Karachi, que el próximo (enero de 2007) vaya a ser en Nairobi y que en Mali campesinos de todo el mundo organicen para los días 23-27 de febrero próximo el "Foro Internacional para la Soberanía Alimentaria Nyeleni 2007" (www.nyeleni2007.org) (Por cierto, más interesante que abrir unos cuantos pozos aquí o allá sería dar a conocer la labor de estos movimientos, promocionarlos y apoyarlos).

Mientras tanto ¿Qué sentido tienen nuestras campañas para la erradicación de la pobreza? Uno solo: convencernos a nosotros mismos de lo injustos que hemos sido (y seguimos siendo) con los pobres y de que es hipócrita toda nuestra ayuda mientras mantengamos, por ejemplo, nuestro actual sistema económico. ¿O es que acaso los accionistas españoles de Repsol tienen previsto devolver a Bolivia las plusvalías que su empresa obtiene en ese país?

Planes Marshall para África y para otros países o continentes son de estricta justicia planearlos y realizarlos, pero eso tal vez conllevaría arriesgar nuestro actual estado de bienestar. Hacer justicia a los pobres va contra nuestros inmediatos intereses y eso no se realiza sin una verdadera inversión de los valores en que estamos instalados y una auténtica conversión a la fraterna solidaridad. Pero ¿hay energía espiritual suficiente entre nosotros para realizar tal conversión?

No sabemos si se dará o no tal conversión; pero desde luego, mal que nos pese, los pobres condicionarán también nuestro futuro y, sobre todo, la calidad moral de nuestras conductas.

